

blado con sencillez, comodidad y buen gusto.

Las dos niñas abrazaron á miss Ofelia; luego, la una á la otra se sirvieron de camareras, y, ya envueltas en sus batas de noche y cubiertas las negras cabelleras con sus cofias de dormir, se dieron un tierno abrazo, diciéndose entre el rumor de un beso:

—¡Hasta mañana!

Cada una se arrodilló en su almohadón delante de su reclinatorio, y elevó al cielo las últimas oraciones de aquel día.

Poco después, las dos hermanitas dormían un sueño tranquilo é inocente, y la habitación estaba sólo alumbrada por la dulce claridad de la lámpara que pendía del techo en la sala del tocador, que precedía á las alcobas.

### CAPITULO III

#### ESCLAVITUD

Sigamos á Dolores al salón donde, según había dicho el criado, la esperaba madame de Senanges.

Coralia no se atrevía á usar el título de *Vizcondesa* desde que había llegado á España, donde, por otra parte, le iba tan bien como suele suceder á todas las personas de su clase, pues es sabido que nuestra patria acoge y protege con cariño á las gentes de esta calaña, si traen el diploma de extranjeros.

Coralia se puso de moda al llegar: su belleza, su talento para la intriga, sus modales escogidos, eran á propósito para seducir y cautivar: dotada de un carácter flexible, que sabía revestirse de extraordinaria dulzura y que ocultaba no poca energía, nada había que se le resistiese, y fué al mismo tiempo dama de un personaje poderoso, corredora de empleos con enormes ganancias, y embaucadora de cándidos para proponerles negocios de mucha importancia.



En las grandes reuniones, en los teatros y en las *soirées* que daba en su propia casa (preciso es confesarlo, con exquisito buen tono), aquella *admirable* francesa desplegó tal elegancia y riqueza de detalles, que deslumbró durante un año aun á las personas de más mundo.

Pero su moda pasó, porque la moda de esas sirenas pasa también, y quizá mucho antes que ninguna otra; cuatro ó seis fortunas consumidas le proporcionaron otros tantos enemigos implacables en los desposeídos, que fueron arrojados de su casa; los murmullos empezaron; su historia se sacó á luz, y fué comentada, aumentada y corregida; al llegar á este caso, ya se sabe, y los hombres lo saben mejor que nadie, que el crédito de los aventureros mengua un cincuenta por ciento.

El de Coralia menguó también, y á pasos de gigante. Los personajes fueron dejando poco á poco de visitarla. Ya no se imploraba su favor para tal ó cual alto empleo. Ya no se le enviaban magníficos regalos, ni soberbios ramilletes de á diez duros cada uno. Atreviéronse á solicitar el ser presentadas á ella algunas personas de posición muy mediana. La *Vizcondesa* se sintió en extremo mortificada; pero se consoló diciéndose:

—Ya tengo hecha mi fortuna.

Sin embargo, como aspiraba á más, se fué por algunos meses al extranjero, y volvió con dos lindas muchachas, *sus sobrinas*, según decía, que eran dos ángeles de belleza.

La una era morena y pálida, y se llamaba Esmeralda, como la gitana de Víctor Hugo. La otra era rubia y rosada, y se llamaba Camila. Pero como ya eran conocidas las mañas de la *tííta* (así la llamaban las dos jóvenes), acudieron pocos al cebo.

Coralia se hizo entonces prestamista; su primer negocio fué pedir á Dolores una prima por haberle proporcionado el conocimiento de milord Sheridan, porque en su casa le había visto en efecto.

Poco tardó la infeliz Dolores en caer bajo su poder. Lord Sheridan la amaba con aquella pasión inalterable y profunda que le había dedicado desde que la conoció, y llegó á ofrecerle su mano; pero Dolores la rehusó terminantemente.

—Amigo mío—le dijo,—yo me he cansado ya de usted: es inútil que se lo oculté, porque su talento lo debe conocer. Déjeme usted algún tiempo en la tranquilidad.

—Al menos, permítame que siga enviándole algunos fondos—dijo el inglés.



—Eso sería una infamia—respondió Dolores.

—Gracias; pero no acepto.

—Y entonces, Dolores, ¿de qué modo atenderá á su casa, á sus hijas?

—Eso es cuenta mía—respondió la joven con altivez.—Déjeme usted. Si quiero ser pobre, ¿quién tiene el derecho de impedírmelo? En nadie le reconozco, y le ruego que ni insista ni conserve esperanzas acerca de mí: todo ha concluído entre nosotros.

Milord Sheridan conocía demasiado el carácter de Dolores para insistir, y tenía además dignidad, por lo que se retiró, yendo á contar su pesar por este rompimiento á Coralia, á fin de que interpusiese toda su influencia con su amiga.

Coralia ofreció hacer todo lo posible por reanudar aquellas relaciones, rotas por el capricho de Dolores, y salió para ir á su casa.

—¿Qué has hecho?—le dijo así que llegó.—¿Sabes que milord Sheridan quería casarse contigo?

—Lo sé mejor que tú—respondió la joven sonriendo con tristeza.

—¿Y rehusas ese partido?

—Ya ves que sí.

—¡Pero eso es una locura!

—¡Desde que he nacido, no he hecho otra cosa, impulsada por una fatalidad extraña!

—Esta fatalidad es ahora tu voluntad. ¿Quién te obliga á que despidas á ese hombre?

—Nadie, es cierto: la fatalidad va conmigo misma, ó está en esta voluntad que no sé contrariar en nada. No amo á milord Sheridan lo bastante para casarme con él, ni quiero dar á mis hijas un padrastro.

—¿Pero acaso se necesita amor para casarse?

—Creo que sí.

—¿No me has dicho mil veces que te casaste sin amor la primera vez?

—Por eso me fué tan mal—repuso Dolores con acento de amargura.—Coralia, es inútil que trates de convencerme: todo ha concluído entre milord Sheridan y yo.

—¿Pero por qué razón?

—Porque me aburre: ha llegado á fastidiarme: no hay otra. Hoy que me veo libre de su compañía y de sus dádivas, me parece que respiro mejor. Quiero sacudir mis cadenas; quiero vivir á mi gusto por algún tiempo.

—¡Vivir! ¡Ah!; ¡si no fuese el vivir más que cuestión de gusto!; ¡de querer ó no querer! Pero ¿de qué vas á vivir?



—Por lo pronto, tú me prestarás mil duros, y después veremos.

—¿No tienes ahorros? ¿No tienes ningún dinero en tu casa?

—Ninguno: mis gastos son enormes; tú sabes lo que cuesta la vida en Madrid, y de qué modo vivo con mis hijas, á las que oculto todo lo que hay de triste y miserable en mi existencia.

—¡Oh, sí!—exclamó Coralia rencorosamente: —conozco tus ideas en ese particular. Tus hijas son una carga para ti y debías educarlas de otro modo...

—¡Qué estás diciendo!—gritó Dolores impetuosamente.—¡Si hasta el que tú las nombres me parece una ofensa á su pureza! ¡Coralia, antes me moriría de hambre, antes las vería morir de hambre también, que dejarles perder su virtud y el único bien positivo de esta tierra miserable, que es la tranquilidad de la conciencia! ¿Qué sabes tú de esas cosas? ¿Qué sabes lo que es ser madre?

—Está bien—repuso la cortesana:—tú tienes tus ideas, y yo las mías. Por de pronto, debo decirte que sólo puedo prestarte quinientos pesos, en vez de los mil que me pides; y aun eso será firmando tú dos pagarés, á dos y tres meses: estoy escasa de fondos.

—Sea—dijo Dolores.—Desde que tengo á mis hijas, rezo algunas veces, y creo que Dios me abrirá algún camino.

—¿Caminos? ¿Cuál ha de abrirte, si tú te cierras el mejor, el más ancho? Amiga mía, en tanto que una mujer tiene esa pureza que te empeñas en conservar en tus hijas, se le presentan varios caminos: el de trabajar para una tienda, el de ponerse á servir, el de hacerse actriz, y el que hemos elegido tú y yo; pero si entra en este último, todos los demás se le cierran para siempre.

—¡Es verdad!—murmuró dolorosamente la pobre madre:—¡no puedo retroceder ya... y esta vida es la muerte para mí!

—Adiós—dijo Coralia levantándose:—me fastidian mucho las lamentaciones. Esta tarde tendrás aquí los diez mil reales, y me firmarás los pagarés. Pero antes de que se gasten, procura hallar otro adorador tan galante como ese pobre inglés, lo que me parece algo difícil.

La misma tarde, en efecto, Dolores recibió aquella pequeña suma y firmó los dos pagarés.

Eran las cadenas que le ataban á la voluntad despótica de madame de Senanges.

Durante algún tiempo, Dolores vivió lejos de toda clase de relaciones y en la más perfecta tran-



quilidad. Pero la paz de que gozaba iba acompañada de un rápido y extraordinario decaimiento de sus fuerzas: la lucha moral á que estaba sujeta desde hacía largo tiempo, los disgustos que la habían atormentado continuamente, habían acabado su salud y la natural robustez de su temperamento, antes privilegiado.

Los diez mil reales duraron poco más de dos meses; el primer pagaré se había satisfecho; para pagar el segundo tuvo que recurrir á la generosidad de un general viejo y rico, que juraba y bebía ron, y que estaba prendado de Dolores.

¿Pero qué importaba aquel doloroso sacrificio? Lágrimas y Luz podrían seguir llevando su cómoda y tranquila existencia.

Dolores iba cada año á tomar las aguas á Francia ó Alemania; las dos niñas, con el aya, no salían nunca de Madrid.

La pobre mujer pasaba algunos meses de su vida rodeada de riquezas y de brillantes, y otras temporadas, cuando cansada y rendida de fatiga por la lucha que sufría su alma con las necesidades materiales, despedía al hombre opulento que la protegía, sostenía su casa vendiendo lo mismo que éste le había dado como premio de su esclavitud.

Tal era la vida de aquella mujer, cuya alma iba adquiriendo una dolencia incurable: hacía poco había vuelto á contraer otro préstamo con madame de Senanges, que no había podido satisfacer á pesar de los repetidos avisos y aun amenazas de ésta.



## CAPÍTULO IV

### LA MADRE

Triste, muy triste es descender al abismo después de ver el sol, las flores y los verdes árboles de la pradera desde la colinita alfombrada de musgo á cuyo pie serpentea el agua diáfana de un arroyuelo.

Entonces parece más bello lo que se pierde y mucho más horrible lo que se encuentra: aquella obscuridad, aquel frío, hielan el alma, y el terror y el hastío embargan los sentidos.

Semejante fué la impresión que sintió Dolores al entrar en su salón y hallarse cara á cara con su antigua amiga, después de separarse de sus inocentes hijas.

Coralia estaba vestida de un modo deslumbrador.

Un traje de terciopelo azul descubría su garganta redonda y torneada y sus soberbios hombros, blancos ya por sí mismos, y cubiertos además, como su cara, de una magnífica capa de excelente blanquete.



Un collar de perlas finas, del que pendía una rica cruz de perlas y brillantes, decoraba el escote bastante exagerado de su traje.

Vistosos brazaletes de subido precio adornaban sus brazos; y en sus cabellos lucía un precioso tocado, compuesto de blondas y de una pluma blanca que sostenía una abrazadera de brillantes.

La cortesana había principiado á engrosar; pero parecía aún, con la ayuda del colorete y de los cosméticos, lo que se llama una mujer encantadora.

Cuando entró Dolores, se hallaba medio echada en un sofá, y tenía á su espalda su capa de raso blanco guarnecida de pieles.

Paseándose por el salón, en cuya chimenea de mármol ardía un abundante fuego, había un joven elegante y atildado, que no podía pasar de los veintidós años; su traje negro y corbata blanca decían que iba, como su compañera, ó más bien con ella, á alguna *soirée*.

Alto y rubio, había en su fisonomía más estupidéz que inteligencia; nada decían sus ojos, que ostentaban el claro color de la porcelana, y nada tampoco su boca, caída y lacia como una flor marchita y sin brillo.

—¡Qué ve!—exclamó Coralia cuando su amiga entró en el salón:—¿aún estás así?

—No salgo esta noche—contestó Dolores estrechando débilmente la mano que le ofrecía madame de Senanges.

—¡Cómo! ¿No te ha traído la modista tu traje?—preguntó Coralia.

—Sí—respondió Dolores:—está ahí, en mi tocador.

—¿No te gusta?

—Es magnífico.

—¿Pues por qué no vienes?

—Hoy estoy mala..., fatigada—dijo Dolores.—Voy á acostarme.

Coralia miró á su amiga por algunos instantes; y luego, tomándole la mano y meciendo la cabeza con una compasión burlona, le dijo:

—Querida mía, te veo casi arruinada, y acabarás de estarlo si sigues con esas tendencias á la vida monástica... Y á propósito, tengo que recordarte una cosa muy dolorosa: á pesar mío... no puedo esperar más que hasta el fin de esta semana para el reembolso de aquella suma... Ya sabes...: tengo pagos que hacer.

Dolores inclinó la cabeza, abrumada de desaliento.

—Querido Alfredo—prosiguió Coralia volviéndose al joven,—venga usted á ayudarme á con-



vencer á Dolores de que debe venir al baile que da ese opulento y mentecato brasileño. ¡Con un traje tan magnífico! Además, ¿no es cierto que va el Duque de H...?

—¡Certísimo!—respondió Alfredo, acercándose y mostrando sus largos dientes, parecidos á piñones:—me lo ha dicho esta mañana.

—Me consta que sólo va por verte—continuó Coralia en voz baja.—Vamos, ten valor, ó más bien, toma la vida como es y como antes la tomabas... Mañana vendré á verte, y saldrás de todos tus ahogos.

—No—dijo Dolores:—mañana venderé el aderezo grande, y te pagaré.

—¡Vender el soberbio aderezo que te envidian las más altas señoras!—exclamó Coralia estupefacta y uniendo las manos.—¿No es el que te regaló el embajador de Rusia?

—El mismo.

—Pero, desgraciada, ¿qué harás á la vejez, si así te vas desposeyendo de todos tus recursos? Y además, ¿crees que te darán lo que vale, lo que costó?

—Ya sé que he de perder algo; pero no importa: te pagaré, satisfaré algunas otras deudas, y tendré para vivir en paz dos ó tres meses con mis hijas.

—¡En paz, en paz! ¿Estás acaso enamorada?

—¡Pluguiese al cielo!—exclamó Dolores elevando sus negros ojos.—No—prosiguió:—lo que tengo es un cansancio profundo de la vida; lo que tengo es... ¡EL ALMA ENFERMA!

—¡Dios mío, qué disparates!

—Señoras—dijo Alfredito:—recuerdo que olvidé en casa el segundo par de guantes blancos, para cuando éstos se ajen... Voy á buscarlos, y volveré al instante: para entonces espero que nuestra encantadora Dolores se haya decidido.

—Ya que ha tenido el buen gusto de dejarnos—dijo Coralia,—permíteme, amiga mía, decirte que lo que haces no tiene sentido común. ¿No piensas en el porvenir? ¿Y tus hijas? Ya que tanto las quieres, reflexiona que, con un buen dote, las casarás tal vez; pero si no lo tienen, ¡imposible! Vamos, Dolores: ya que has aceptado esta vida alegre, sé razonable, y tómala por su lado bello, que lo tiene... Deja á las pobres mujeres honradas la soledad y la insípida vida de familia. Tú no puedes ser una madre como las demás...; debes serlo de un modo en relación con la suerte que has elegido; lo que en otra mujer sería laudable, en ti sería ruinoso. Piensa en que pruebas mejor tu amor de madre siguiendo como hasta aquí, es



decir, dedicándote á explotar tontos para educar á tus hijas, que se lo probarías siendo virtuosa y ejemplar.

—¡Es verdad!—murmuró Dolores con acento sombrío:—yo no tengo ya ni el derecho de ser buena... Veo que tienes razón, Coralia, y voy á seguir tus consejos.

—¿Vas á venir al concierto?

—Sí.

—Así me gusta; ya sabes que hay dos ó tres grandes señores que suspiran por tu belleza... ¿Quién sabe si llegarás á ser esposa de alguno?; porque no creo que obres siempre del mismo modo que obrastes con milord Sheridan.

—No quiero casarme—respondió Dolores levantándose para poner fin á una conversación que evidentemente le incomodaba.—Voy á vestirme—continuó,—y entretanto puedes entretenerme hojeando esos álbums de vistas que he comprado hoy; á no ser que prefieras acompañarme á mi tocador.

—Prefiero eso—respondió Coralia:—me aburren los libros.

—¡Dios mío!; te compadezco—exclamó Dolores.—Toda mi vida he gustado con pasión de la lectura, y, desde hace algún tiempo, no haría otra

cosa que leer. Vamos á mi tocador, que es muy tarde.

Media hora después, las dos amigas entraban de nuevo en el salón, en el que ya se hallaba esperándolas el elegante Alfredo.

El joven dandy era tan poco afecto á la lectura como su bella protectora, pues no le había ocurrido ni siquiera tomar un álbum en la mano, y se paseaba bostezando estúpidamente y tarareando una canción de moda.

Dolores estaba deslumbradora de belleza: su traje de crespón rosa con grandes conchas de encaje blanco, decía maravillosamente con sus cabellos negros y su nacarada tez; dos cascadas de rizos descendían por su espalda, bajo una corona de rosas de musgo, mezcladas con jacintos de perlas; las rosas estaban embellecidas por algunos diamantes, que figuraban gotas de rocío.

Entre las olas de blonda del traje había anidados ramitos de menudo follaje, sosteniendo gruesos diamantes.

Algunos hilos de perlas ceñían la esbelta garganta de Dolores; y sus brazos, modelados con la más rara perfección por la mano de la Naturaleza, ostentaban brazaletes del más exquisito gusto.

—¡Oh, la más encantadora de las divinidades!



—exclamó Alfredito acercándose á ella y haciendo monadas.—¿Qué ojos resistirán esta noche al brillo de esa hermosura realzada con tanta elegancia y con tan maravilloso buen gusto? ¡Cuántos esclavos...!

—Es tarde—interrumpió Dolores bastante bruscamente.—Deje usted sus galanterías y sus li-sonjas para otra ocasión más oportuna, amigo mío.

—Vamos—dijo Coralia un poco contrariada al ver el despego de Dolores con Alfredo.

—Mi coche nos llevará—dijo la señora de Benavente arreglando el abrigo que su doncella le echaba sobre su blanca y desnuda espalda:—ya nos espera.

Volviéndose luego hacia la camarera, le dijo:

—Cuida de tener la bebida muy caliente y la cama caldeada. Elvira, creo que vendré mala: que enciendan además bastante fuego en la chimenea del dormitorio.

Las señoras de Benavente y de Senanges iban ya á traspasar el umbral, cuando una voz infantil gritó á su espalda:

—¡Mamá, mamá!

Esta dulce voz hizo palidecer á Dolores como si hubiera recibido un golpe en el corazón: se vol-

vió, y vió á su hija mayor que salía por una puerta situada en un ángulo del salón y que comunicaba con las habitaciones interiores.

—¡Tú aquí, Lágrimas!—exclamó.

—Sí, mamá—respondió la joven.—Me dormí apenas acostada; luego me ha despertado un violento dolor de cabeza: vi luz en el salón por los cristales de la ventana de nuestro cuarto; me vestí sin despertar á Luz, y me dije: «Mamá está despierta también y levantada: me voy allá, y le haré compañía». Pero ¿adónde vas así vestida? Yo me creí que estarías leyendo ó bordando.

—No, hija mía—repuso Dolores;—iba á salir.

—¿Á salir? ¿Á estas horas?

—Sí: á una reunión..., á un concierto... Pero ya no voy.

—¡Cómo!—exclamó Coralia:—¿qué estás diciendo! ¿Ya no vienes?

—No: me quedo con mi hija.

—¿Después de vestida?

—No importa; me desnudaré.

—Me alegro—observó Lágrimas.—Sí, mamá, me alegro por dos cosas: la primera, porque hace una noche espantosa: llueve mucho, y tú llevas un vestido como de verano... ¿Y qué, á los bailes se va así?...



—Sí, hija mía... ¿Pero cuál es la otra razón por la que te alegras de que me quede?

—La otra razón es porque tengo que hablar contigo á solas.

—Pues bien, ahora hablaremos. Amigos míos, decididamente me quedo.

—¿Decididamente?

—Sí... No iba á gusto á esa función, y Lágrimas acaba de quitarme la poca gana que tenía.

—Dolores —exclamó Coralia acercándose al oído de su amiga,—tu estás loca... ¿Olvidas á quién podrás ver allí?

—No—dijo la señora de Benavente:—lo sé, y renuncio á ello.

—Ten en cuenta que á fin de semana necesito la suma que...

—La tendrás: venderé mi aderezo grande.

—¿Á ese precio pagas un capricho de tu hija?

—Sí...; ¡á ese precio compro una noche de felicidad!

Entretanto que las dos amigas cruzaban estas palabras, Lágrimas, para sustraerse á las miradas de Alfredito, que la incomodaban mucho, se había ido delante de un espejo, se había quitado su gorra de batista, y atusaba sus hermosas trenzas negras con la palma de la mano.

—Adiós, pues—dijo Coralia.—Vamos, Alfredo.—Y sin saludar á la joven, salió del salón con visibles muestras de enojo, seguida del atildado dandy.

—¡Jesús! Esa señora, por las trazas, debe tener muy mal genio—exclamó Lágrimas;—y luego hay en su cara una cosa... así... que da miedo!

—Hija mía, pensemos sólo en nosotras—dijo Dolores, en cuyo rostro brillaba la alegría de obtener aquella noche de libertad.—Voy á ponerme otra vez mi bata, y volveré aquí, á tu lado. Vé reuniendo en la memoria todo lo que tengas que decirme, pues no tardaré.

Salió, dicho esto, con paso rápido, y Lágrimas se quedó admirada contemplando el magnífico salón de recibo de su madre, en el que apenas había estado seis veces en su vida.



## CAPÍTULO V

### CONFIDENCIAS

Dolores volvió muy pronto.

Tenía puestas la misma bata de merino blanco y la misma toquilla con que la vimos entrar en el cuarto de sus hijas.

Mucho más bella estaba así ataviada que con su traje de baile. Una alegría inefable destellaban todas sus facciones, y su cara tenía una expresión plácida y tranquila.

—Vamos á ver, señorita—dijo sentándose alegremente al lado de su hija:—hable usted, que ya la escucho; pero hable sin ocultarme nada.

—Pues bien, mamá—dijo Lágrimas:—en primer lugar, he aquí una carta.

Y sacó una del bolsillo de su traje, cuyo nema de lacre, abierto por la mano de la joven, representaba una corona de conde.

Dolores la tomó, y echó una mirada á la letra del sobre.

Una palidez mortal cubrió sus facciones, y se



quedó contemplando la carta con desencajados ojos.

—Lágrimas—exclamó con voz anhelante,— dime al momento, pero sin mentir, quién te ha dado esa carta.

—¡Dios mío, mamá! Te lo voy á decir —repuso la joven un poco asustada:—¡me la dió un pobre que me pidió limosna!

—¡Un pobre!

—Sí. Hace tres ó cuatro días salimos á paseo por la tarde, y fuimos al Retiro: yo me separé algún tanto de mi aya y de Luz para coger flores de entre la yerba... y entonces se acercó á mí un pobre viejo y me pidió limosna...; mientras que buscaba mi bolsillo, me enseñó la carta, y me dijo en voz baja: «Tómela usted, señorita...; es de su padre». Yo alargué la mano, sin saber lo que hacía, y asombrada al ver una carta de mi padre, cuando yo creía que había muerto ya hacía mucho tiempo; así que la vió en mi mano, el mendigo añadió: «Léala usted con el mayor sigilo, y no la enseñe á nadie, á nadie, ¡ni aun á su madre!» Dicho lo cual, y sin tomar la moneda que le daba, echó á correr.

Yo, así que llegué á casa, la leí, y aunque el secreto me pesaba de un modo enorme, nada

quise decir á mi aya ni á mi hermana. Pero como miss Ofelia me ha dicho muchas veces que á una madre no se le debe callar nada, me dije: «Á pesar de lo que el pobre aquél me encargó, se la enseñaré á mamá, y después ella me dirá si la debo enseñar también á miss Ofelia y á Luz.

—¡No, no, hija mía!—respondió Dolores;— ¡por ahora nada digas á nadie!

Dicho esto, abrió la carta con mano trémula y pasó por ella sus ojos extraviados. La carta decía así:

«Hija mía: Sin saberlo tú, he velado por ti desde hace catorce años. Ausente en tierra extranjera, perseguido, expatriado, mi pensamiento te ha seguido siempre, y has sido la estrella adonde volvía mi alma fatigada con la obscuridad y las tinieblas del dolor.

«Yo soy tu padre, tu padre, que ha luchado desde hace mucho tiempo con un destino fatal, y que ahora que ve aparecer la luz de la esperanza, vuelve á ti... ¿Quieres dejar la casa de tu madre, de la que vives separada, por la de tu padre, de la que serás el ángel custodio, la dicha y la alegría? Dímelo, y la ley te sacará del lado de tu madre, con la que no puedo ni quiero vivir, por-



que no es digna de mi amor, ni es digna tampoco de tenerte por hija.»

El papel se cayó de las manos crispadas de Dolores.

Sus ojos se cerraron; su semblante, de pálido se volvió lívido; sus labios temblaron de un modo convulsivo.

—¿Qué te pasa, mamá? Yo nada de eso creo— exclamó la pobre niña corriendo hacia su madre y rodeándola con sus brazos.—Vuelve en ti, que después de eso te he de contar otra cosa mejor...

Dolores volvió á abrir los ojos por un esfuerzo sobrenatural, y tomó de nuevo la carta, prosiguiendo así su lectura:

«Poco más tengo que decirte por hoy, hija mía: sólo que deseo verte, y que lo deseo como el naufrago ansía ganar la orilla que le ofrece salvación y descanso. Dime dónde y cómo podré lograrlo... Cuando te haya abrazado, ya no te quedará duda de que tienes un padre que te ama y que sólo anhela tu bien. Déjame ese supremo goce, por el que suspiro hace tanto tiempo, y por el cual sacrificaría gustoso la mitad de mi vida.

»Adiós, hija mía: oculta esta carta, y escíbeme

por el correo con este sobre y sin más señas: *Al señor Conde de Elvén.*

»Te abraza con toda la efusión de su alma y te bendice tu padre que te ama.

GONZALO.»

Después de leer esta carta, Dolores quedó abatida durante algunos instantes, como si hubiera recibido un golpe terrible.

Lágrimas la contemplaba tímidamente, esperando á que hablase, pero en vano; su madre parecía estar embargada por una espantosa agitación.

—Mamá—se atrevió á decir la niña:—¿qué tienes?; ¿por qué no hablas?; ¿por qué te has puesto tan triste? Yo no quiero separarme de ti...; á ti te conozco y te amo...; á mi padre no...; y luego renunciar á la compañía de mi hermana, de mi aya y á la de él... ¡jamás!

—¡Éll—repitió su madre alzando la cabeza;— ¡éll! ¿Quién es él?

—De eso te iba á hablar después de enseñarte esa carta, mamá; pero como te has quedado tan triste y tan callada...

—Es verdad, hija mía... Vamos, olvida que has recibido semejante misiva... Tu padre te aban-



don; sólo conmigo puedes ya contar...; además, si te separases de mí, me moriría de pena.

—Y yo también. Pero ¿quién piensa en eso? No, yo no me iré de aquí.. Guarda esa carta, y oye otra cosa que tengo que decirte.

Dolores guardó la carta en el bolsillo de su bata, y tomó entre las suyas la mano de su hija procurando serenarse.

—Vamos—dijo,—¿quién es él?

—¿El?; es Frantz.

—¿Cómo!

—El hermano de Ida, el hijo de madame Warner. Ya sabes que llegó hace poco de Roma y que venía á ver á nuestra aya... Pues bien, le amo... y él á mí.

—¡Pero un pintor!; ¡un artista! Hija mía, es un partido muy pobre.

—¿Y qué importa? ¿Acaso es el dinero lo que da la felicidad? Dice mi aya que la felicidad se halla mejor en una modesta medianía y que el que es bueno es siempre dichoso... Ya ves cuán feliz es Modesta con sus dos niños y su marido, y, sin embargo, su marido es sólo un abogado.

—Pero de un abogado á un pintor hay una gran diferencia... Si Frantz fuese un abogado...

—¿Qué más da? Su padre era pintor también,

y, sin embargo, me embelesa el oír la descripción que hace de su vida de familia. ¡Los pobres, ¡ahl, qué dichosos son los pobres!

—Angel querido, dijo Dolores besando á su hija en la frente,—hablas como una niña que eres. ¡Felices los pobres! ¡Ahl; no sabes que la mitad de la felicidad es la riqueza... Pero dejemos esto: meditaré acerca de lo que me has dicho...; me informaré de las inclinaciones de ese joven, al que conocí siendo niño, pero al que desde hace mucho tiempo he perdido de vista.

—Y ya verás como todos te hablan bien de él: sólo le hallarás el defecto de no ser rico...; pero como yo lo soy...

Dolores se estremeció al oír estas palabras: ¡rica su hija, su pobre hija, mantenida, como su hermana, con el precio de su infamia!

—Mi querida niña—le preguntó con voz alterada,—¿crees tú, en efecto, ser rica?

—Ciertamente, mamá. Aunque nosotras estamos educadas con sencillez, tú tienes carruaje, llevas brillantes, asistes á los grandes bailes; en casa hay muchos criados... ¿Cómo se hace esto sin ser rica? Por eso cuando Frantz me confesó que me amaba, yo le dije que también le quería, y que podríamos casarnos. Siendo tan buena ma-



dre, nos darás algo...; lo mismo que á Luz cuando se case.

—Luz es aún una niña—observó la desgraciada Dolores queriendo separar la conversación de aquel funesto terreno.

—Una niña, ¿eh? Pues también tiene novio—dijo Lágrimas.

—¿Que tiene novio?

—Y joven é interesante.

—¿Quién es?; ¿cómo se llama?—exclamó la madre, asustada acerca de la elección que podía haber hecho su hija predilecta; pues si bien su aversión á Lágrimas se había ido trocando en cariño, la adoración que profesaba á la menor sobrepujaba con mucho á este sentimiento.

—Es—dijo Lágrimas bajando la voz,—es profesor de música y se llama Federico.

—¿El hermano de Modesta?

—El mismo.

—¿Pero desde cuándo se aman?

—Desde hace tres meses: como él nos da á las dos lección de música...

—¿Y así se han enamorado?

—Sin duda. Mi aya estaba siempre presente, eso sí: ya sabes que jamás nos deja solas. Federico empezó á mirar á Luz y ella á él...; luego

ella empezó á ponerse triste...; pero ya se le ha pasado la tristeza, y sólo sueña con la hora de la lección. Mi aya nos lleva á casa de Modesta, como nos ha llevado siempre, porque á ella vamos con tu beneplácito: ¡se está allí tan bien! Yo no sé por qué no vienes tú. Como dice la madre de Federico, allí nos reunimos una colonia de personas dichosas: madame Warner, Ida... y Frantz también iba cuando se hallaba aquí; Modesta, su marido y sus dos hijos; Cesarina y Federico con sus ancianos padres; y algunas veces una señora muy elegante, amiga y prima de Modesta, ó de su marido...

—¿Una señora muy bella?

—Sí por cierto, que se llama Berta... Ésta me abrazaba siempre y me colmaba de caricias. Un día dijo: «No se parece á cuando era pequeñita, é iba yo á verla á casa de su nodriza». Mamá, yo no sé por qué tú no has querido ir nunca á esa sociedad, que es la nuestra, y donde tan dichosas y tan queridas somos Luz y yo.

—¡Tienes razón, hija mial—repuso tristemente Dolores:—debía yo no haberme apartado nunca de esas gentes que os aman, y hubiera sido mucho más dichosa.

—A ti no te conocen, ¿no es verdad, mamá?



Nunca te nombran: lo mismo es para ellos que si no existieras y fuéramos nosotras huérfanas y ahijadas de miss Ofelia; esto nos pone muy tristes á mi hermana y á mí: ¡es tan doloroso tener madre á medias!... Á no ser porque tú vives entre otras gentes, ya hubieras visto de qué modo tan sencillo empezaron á quererse Federico y Luz.

—Cuéntamelo.

—Pues bien: nos conocemos, como tú sabes, de niños...; es decir, él ya era grande cuando llegamos aquí, y, según cuenta, jugaba con nosotras como con dos hermanitas...; luego ya la quería á ella de otro modo: no la abrazaba, y al ir á hablarla se ponía colorado; así pasamos lo menos tres años. Cuando aquella enfermedad que tuvo, ya sabes...

—Sí, aquella fiebre intermitente.

—Justo: entonces, todas las mañanas, al abrir el portero la puerta de la calle, ya veía allí al pobre Federico, que estaba aguardando para preguntar por Luz. Cuando encargaste á miss Ofelia que buscara para nosotras un maestro de piano sobresaliente y de buena conducta, ella dijo: «Ninguno mejor que Federico». En efecto, Luz y yo adelantamos tanto en un año con él, que tú misma te admiraste.

—Ciertamente, me sorprendieron vuestros adelantos.

—¡Ya lo creo!; como que Federico no enseñaba como un maestro cualquiera. ¡Es tan bueno, tan cariñoso! ¡Enseña con un tino y una delicadeza!...

—¿Esa es, á lo menos, la opinión de Luz?— preguntó sonriendo Dolores.

—Y la de todos: nadie puede imaginarse un joven más distinguido y de mejores maneras.

—¿Pero acaso has visto tú muchos jóvenes, mi pobre Lágrimas? ¿Con quién le puedes comparar?

—¿Y para qué conocer otros, mamá, si Frantz y Federico nos parecen tan amables?

—Es verdad—murmuró Dolores con amargura y hablando consigo misma:—¿para qué han de conocer más? Cada uno les haría perder una ilusión, y morirían, como yo, dudando que exista el amor.

—¿Qué dices, mamá?

—Digo que prosigas tu relación.

—Pues bien: casi puede decirse que se confesaron su mutuo amor por medio de la música.

—¿De la música?

—Sí. Cuando cantaban la palabra *amor* se mi-



raban, y Luz creo que se ponía muy colorada; el corazón le palpitaba de un modo... En fin, Federico le escribió una carta diciéndole mil cosas bellas y cariñosas, hará como unos tres meses. Luz le contestó, y desde entonces se han escrito bastantes veces... También yo escribo á Frantz, aunque le he tratado menos.

—¿Ya estás en esas alturas?

—Lo mismo que ella.

—Y vuestra aya ¿en qué piensa que nada me ha dicho, como era su deber?

—¡Ay, mamá, no la riñas! Si la pobre no sospecha nada; como que jamás ha tenido novio...

—¿Tú qué sabes?

—Ella lo ha dicho. Preguntándole yo un día que si había amado á algún joven, me dijo que jamás. Ahora creo que ha sospechado algo, porque hace dos días me sorprendió escribiendo una carta, y ya verás como mañana viene á contártelo: he oído que te pedía una entrevista.

—En efecto.

—Por eso me he adelantado yo. Y bien, mamá, ¿qué dices? ¿Te han enfadado mis confidencias?

—¿Enfadarme? No por cierto, hija mía; al contrario: ellas me prueban que tienes confianza en mí, lo que es un consuelo para tu madre.

—¿Un consuelo? ¿Acaso eres desgraciada?

—Sí, hija mía, y algún día sabrás hasta qué extremo. Pero basta ya; es preciso que te vayas á recoger: á tu edad, es el sueño muy precioso... Yo pensaré en todo lo que me has dicho, y en tanto que esto sucede, piensa tú en que sólo deseo tu felicidad.

—Y la de Luz, ¿es verdad?

—¿Puede ella dudarlo? Mas ahora que recuerdo: ¿por qué no me ha dicho nada de sus amores con ese joven? ¿Acaso me teme?

—¡Oh, no!; pero dice que la da rubor confiar esas cosas.

—¡Pero á su madre!

—Si yo sé algo es porque lo adiviné y no me lo pudo negar... ¡Es tan reservada... y tan tímida, mamá!... Yo, si quisieras separarme de Frantz, me quejaría y tal vez me moriría...; pero ella se contentaría con llorar en silencio.

—¡Es verdad!—murmuró Dolores en voz baja: —¡se moriría! Su naturaleza, débil y sensible hasta el extremo, no podría soportar ninguna contrariedad... No seré yo quien se la haga sufrir.

Estas palabras no llegaron á los oídos de Lágrimas, que se había levantado para despedirse de su madre: ésta abrazó á la joven, la acompañó



hasta la puerta del salón y volvió á la chimenea, dejándose caer en el sillón al lado del fuego.

—Sí—dijo:—debo dejar esta vida maldita, porque si no, ese hombre, que es como la sombra negra de mi destino, me va á quitar á Lágrimas... ¿Y quién dudará que puede hacerlo? ¿No es la vida que llevo la de una cortesana? ¿El precio de la educación que doy á su hija, no es el de mi infamia? ¡Oh, Dios! ¡Tú me castigas cruelmente, no por mi falta primera, sino por las muchas que le han seguido! ¡No hay tanta culpa en caer, como la hay en no saber ó no querer levantarse! ¡Yo seré desdichada hasta que abrace la cruz del arrepentimiento! Pero, ¡Dios míol, si me retiro de esta vida de infamia y de baldón, ¿cómo mantendré á mis hijas? ¿De qué podremos vivir las tres? De nuestro trabajo... ¡Pero si yo no sé hacer nada... ni ellas tampoco! ¡Ah, pobres hijas mías!

Dolores, al llegar á esta parte de su monólogo, dobló la cabeza y se deshizo en llanto.

Luego aquel llanto se estancó poco á poco, y sus amargas reflexiones parecieron embargarla más y más.

La luz del alba, penetrando por los cristales, halló á la pobre mujer con la cabeza doblada sobre el pecho, el rostro pálido y la mirada fija.

—Sí—dijo levantándose y saliendo de su doloroso estupor con los primeros ruidos de la casa:—es preciso que case á mis dos hijas con esos dos jóvenes honrados que las harán dichosas. Si sus familias oponen alguna repugnancia á su alianza conmigo, haré el último sacrificio: huiré de ellas, para llevar á país extranjero mi vergüenza y mi desgracia. Ahora, valor, y vamos á escribir al Conde,